

II - La onomatopeya

1 - La onomatopeya como método etimológico

La onomatopeya era un método conocido tanto en Grecia como en Roma y en otras lenguas itálicas en contacto con el latín¹. Su uso tiende a explicarse como una consecuencia del influjo estoico en la etimología latina. Según la doctrina estoica, la onomatopeya es el primer motor de la etimología y gracias a ella se acuñan las palabras primeras². Los alejandrinos también recurrieron a este método pero no le dieron tanta importancia como los estoicos (cf. Muller, 1910: 70). En los artígrafos y en algunos rétores (sólo en el autor de la *Rhetorica ad Herennium* y en Quintiliano) la onomatopeya aparece incluida entre los tropos, como un recurso estilístico que favorecía la creación de nuevas palabras.

En todos los casos se insiste siempre en su carácter imitativo. La onomatopeya consiste en hacer derivar un término de un sonido de tal manera que dicho término imite el sonido del que deriva.

A diferencia de los griegos, los latinos no distinguieron diferentes tipos de onomatopeya. Trifón había distinguido siete formas distintas de onomatopeya y Demetrio tres (cf. Cousin, 1936a: 444 s.). El único autor latino que parece ofrecer algo semejante es Quintiliano, pero el pasaje en cuestión presenta ciertas dificultades textuales. Este autor habla de tres formas de onomatopeya que son la imitación de sonidos, la composición y la derivación³. Cousin (1936a: 443 nota 6) afirma que si se admite la conjetura propuesta por M. Heraeus se podría añadir una cuarta forma, la analogía.

2 - Concurrencia de la onomatopeya con otros métodos etimológicos

El examen de aquellos ejemplos de etimologías explicadas mediante la onomatopeya nos permite señalar que hay una cierta tendencia a que éstas no aparezcan solas sino en pequeños catálogos etimológicos, acompañadas de otro tipo de explicaciones. Cuando ello ocurre no suele faltar junto a la explicación onomatopéyica la derivativa. Varrón, por ejemplo, suele ofrecer junto a la etimología onomatopéyica una segunda en la que remite al origen extranjero de ese término. Así, *sus*, *bos*, *taurus* y *ouis* los explica también como de origen griego y de *ursus* señala igualmente su posible origen lucano⁴. Festo e Isidoro siguen este mismo proceder. Pero, a diferencia del Reatino, ambos autores en estos casos recurren como lengua extranjera tan sólo al griego⁵.

Asimismo el hecho de que un autor ofrezca de una determinada palabra una etimología onomatopéyica no implica que todos los autores que le siguen o que le han precedido den esa misma explicación. Son abundantes los ejemplos en los que un mismo término recibe por parte de distintos autores diferentes etimologías. Varrón (*L.* 5. 117) explica *tuba* como un derivado y Gelio lo hace mediante una onomatopeya (5. 8. 8 - 11); Festo (*Paul. Fest.* p. 42M) ofrece dos etimologías para *capra*, la una la explica con una derivación, la otra por onomatopeya; Agustín (*dial.* P. L. XXXII 1412) ofrece una etimología onomatopéyica de *catena* e Isidoro (*Orig.* 5 27. 9) recurre a una derivación, etc.

La onomatopeya fue muy poco empleada por los autores latinos. Quintiliano destacó en varias ocasiones en su obra *Institutio oratoria* que los romanos no eran muy partidarios de este proceder y que preferían la derivación o la composición⁶. De hecho, en muchos de los autores nombrados en la primera parte no se registra ningún ejemplo de su empleo y en aquellos en los que sí se encuentran, éstos suponen una parte muy pequeña del total de sus etimologías.

3 - Onomatopeya y gramática

3.1 - Varrón

Varrón recurre a la onomatopeya en sus explicaciones etimológicas, aunque no con excesiva frecuencia. En el *de lingua Latina* de las alrededor de novecientas cuarenta etimologías incluidas en los libros quinto al séptimo, sólo treinta y cuatro se explican gracias a la onomatopeya.

La escasa predilección por este tipo de explicación nos permite reseñar un hecho curioso: el Reatino prefiere dar una etimología no onomatopéyica a términos que en autores posteriores recibirá siempre ese tipo de explicación. Así ocurre, por ejemplo con *graculus* que él explica como derivado, hecho que le sería criticado en época posterior primeramente por Quintiliano y después por Isidoro, quienes sí ofrecen una etimología onomatopéyica⁷.

Las opiniones de los estudiosos en torno al empleo por parte de Varrón de este método no coinciden. Ceci (1892: 46) advierte que la reducida frecuencia de uso de este método no debe llamarnos la atención. Muller (1910: 192) señala que el número de ejemplos es escaso, pero reconoce que el Reatino se sirvió de ella con una gran agudeza. Sin calificar su utilización, Collart (1954: 286) apunta la posibilidad de que en los libros perdidos del *de lingua Latina* hubiese más ejemplos de etimologías onomatopéyicas pero también que tal vez Varrón limitara voluntariamente su uso para contrarrestar la afirmación estoica de que podía encontrarse una etimología para cada palabra.

3.2 - Autores de época imperial

La escasa repercusión de la onomatopeya en Varrón no es un ejemplo único. En la obra de Festo contabilizamos unas setecientas cuarenta etimologías y sólo doce son onomatopeyas (todas ellas en el Epítome de Paulo Festo).

De las ciento veinticinco etimologías de Gelio sólo una es onomatopéyica. Un solo ejemplo registramos también en el libro I del *de proprietate sermonum* de Nonio Marcelo y en el *de orthographia* de Agroecio.

3. 3 - Las artes gramaticales de los siglos IV al VI

Los artífrafos, aunque no todos, hablaron de la onomatopeya en dos capítulos distintos de sus obras, en el *de nomine* y en el *de tropis*, incluidos respectivamente en la segunda y en la tercera partes de sus obras. En ambos casos se señala expresamente la relación existente entre el término y el ruido que ha dado lugar a éste.

Diomedes y Dositeo son los únicos gramáticos en los que registramos su mención en el capítulo *de nomine*. Ambos indican que el sonido o la voz puede ser el origen de un sustantivo⁸. Sin embargo, cada uno ofrece la mención de estos sustantivos onomatopéyicos en un apartado diferente de este capítulo. Mientras que Diomedes los incluye como uno más de los tipos de *nomina appellatiua*, Dositeo omite su mención en dicho catálogo refiriéndose a ellos en una explicación posterior. Diomedes ofrece un total de cinco ejemplos frente a los siete de Dositeo. Los ejemplos de este último comprenden los propuestos por Diomedes y otros dos distintos.

En ambos gramáticos se echa en falta una referencia semejante en las páginas dedicadas a la descripción del verbo. Sin embargo, los verbos de origen onomatopéyicos sí existen. Los encontramos citados como ejemplos en las explicaciones referidas a los tropos en la tercera parte de las artes gramaticales.

Como tropo, la onomatopeya es un recurso expresivo por el que se crean palabras imitando sonidos⁹.

Sin embargo, no todos los tropos onomatopéyicos dan lugar a nuevas

palabras. Servio (*Aen.* 9. 501) señala que Ennio expresó el sonido de las trompas con la onomatopeya *taratantara* que no es utilizada como palabra de uso corriente tal y como ocurre con el término *clangor* que figura entre los ejemplos habituales de este tropo.

Pese a que algunos artígrafos insisten con la coletilla *et cetera his similia*, los ejemplos que ofrecen son siempre los mismos y serán repetidos en siglos posteriores por Isidoro y los gramáticos insulares.

3. 4 - Isidoro de Sevilla

En Isidoro, pese a que incluyó la onomatopeya en su tipología etimológica, los ejemplos suponen igualmente un tanto por ciento muy reducido del total de las etimologías: tan sólo veintinueve. De ellas, dieciocho se encuentran reunidas en el mismo libro, el duodécimo, dedicado a los animales.

El sevillano no aporta ninguna consideración novedosa acerca de la onomatopeya. Habla de ella tan sólo en sus explicaciones de los tropos. Ofrece de ella una definición similar a la de los artígrafos, incluidos los ejemplos¹⁰.

3. 5 - Los gramáticos insulares

Las gramáticas insulares siguen la tradición gramatical de las artes donacianas. En ellas volvemos a encontrar la doble referencia a la onomatopeya en las explicaciones referidas al *nomen* y a los tropos.

La mención de la onomatopeya en las explicaciones referidas al *nomen* las encontramos en Tatuino, autor de una gramática elemental, y en el *ars Ambrosiana*, una gramática exegética¹¹.

Ambos gramáticos ofrecen una explicación similar ya que incluyen los nombres onomatopéyicos como uno de los tipos de *nomina appellatiua*. Su

inclusión en este tipo de nombres se atribuye al gramático Jerónimo. Tatuino no lo indica pero el autor del *ars Ambrosiana* sí. Entre ambos autores existe una diferencia, mientras que los ejemplos del *ars Ambrosiana* son tradicionales, Tatuino ofrece como ejemplo un término no incluido como tal ni antes ni después de él. Nos referimos a *rugitus*. Sobre su carácter novedoso vid. supra 290 s.. Como ocurría en los artíficos de siglos pasados no hay ninguna mención de verbos onomatopéyicos.

Las menciones de la onomatopeya como tropo se encuentran sólo en los tres comentaristas del siglo IX. Pese a ofrecer en numerosos pasajes explicaciones similares en éste difieren unos de otros.

Muretach insiste en que es una *translata dictio*¹², cosa que rebate Sedulio. Este último comentarista insiste en que los nombres onomatopéyicos designan los sonidos producidos por determinados instrumentos u objetos pero no los objetos o instrumentos que los producen. No hay, por tanto, un sentido figurado en ellos¹³.

En sus explicaciones de este tropo, Muretach ofrece una respuesta a la falta de mención de onomatopeyas producidas en otras partes del discurso a la que hemos aludido con anterioridad. Dice este comentarista que Donato al hablar de la onomatopeya se refirió al nombre porque el mayor número de ejemplos se produce, precisamente, en dicha *pars*¹⁴. También explica cómo se lleva a cabo la creación del nombre onomatopéyico: primero se crea la voz que imita un sonido y luego a partir de ésta se deriva el término onomatopéyico por causa del ornato¹⁵.

En el *ars Laureshamensis* tan sólo se insiste en que la onomatopeya como tropo es un recurso expresivo para crear palabras¹⁶.

4 - Onomatopeya y retórica

La onomatopeya aparece también en las obras de algunos rétores, en concreto en la *Rhetorica ad Herennium* y en Quintiliano. En la *Rhetorica ad*

Herennium recibe una denominación diferente a la registrada en las obras gramaticales. Se la designa como *nominatio* rehuendo la terminología griega y se dice de ella que su uso debe de ser poco frecuente¹⁷.

Quintiliano habla de este tropo en dos momentos diferentes de su obra, en el libro primero dedicado a la gramática y en el octavo dedicado a una de las partes de la retórica, la *elocutio*. En el libro primero (*Inst.* 1. 5. 52 s.) indicó que los tropos debía aprenderlos el joven alumno con su maestro de gramática. En el libro octavo (*Inst.* 8. 3. 30) vuelve a hablar de ellos pero esta vez desde el punto de vista retórico. Es ahora cuando señala, igual que el autor de la *Rhetorica ad Herennium*, que este tropo debe ser poco utilizado.

En las obras de los rétores menores los tropos ya no aparecen. Su empleo poco frecuente en la retórica (en realidad, es que los casos de onomatopeya son escasos) hizo que su enseñanza pasara a ser competencia específica de los gramáticos (cf. Holtz 1979: 219 s.).

5 - Vocabulario técnico

La onomatopeya como tipo de explicación etimológica era ya conocida en Roma en el siglo III a. C. Su uso aparece registrado en el poeta épico Nevio (*GRF* fr. 2) quien relaciona el nombre de *Palatinus* con el balido de las ovejas. Sin embargo, este autor no consigna con ningún tecnicismo este proceder.

Las primeras designaciones que encontramos en latín de este método pertenecen a Varrón. El Reatino rechazó tanto el término griego, ὀνοματοποιία, como su transcripción latina, *onomatopeia*, y se sirvió de numerosos giros para traducirlo formados con los términos *sonus*, *uox* y *sonitus*: *a uoce*, *a uocibus*, *ab animalium uocibus*, *a uocis sono*, *a similitudine sonitus*, *a similitudine uocis*, *a similitudine uocis sonitus*, *a simile sono*¹⁸. La variedad de giros empleada por Varrón es considerada por Cavazza (1981b: 211) como un rasgo de imprecisión propio de una ciencia joven como lo era la gramática en tiempos del Reatino.

Dos siglos más tarde no se puede sino seguir hablando de variedad e imprecisión pues no sólo se utilizaban los términos y giros varronianos sino que incluso se acuñaron otros nuevos. Quintiliano, a diferencia del Reatino, sí recurrió al término griego y también a su transcripción¹⁹. Festo, además de *a uoce* utilizado ya por Varrón, emplearía otros nuevos, *a sono ipso*, *a similitudine soni*, *ab ipso oris* y *ab eo clamore*. Este autor introdujo dos nuevos vocablos para designar la onomatopeya, *os* y *clamor*, pero que no tuvieron éxito entre los autores posteriores²⁰. Asimismo utilizó en una ocasión *crepitus*²¹, término sobre el que volveremos al tratar las designaciones empleadas por Isidoro.

Los eruditos Gelio y Macrobio emplearon *a sonitu* que no se encuentra entre los registrados en Varrón²². Este giro sería empleado también por Servio en su comentario a los *Georgica*. Sin embargo en su comentario a la *Aeneis* recurrió al giro *a uoce* y junto con él a *a sono uocis*, ambos registrados con anterioridad en el Reatino²³. El último de los giros nombrados fue empleado también por el ortógrafo Agroecio²⁴.

Nonio Marcelo recurre en una única ocasión a este método en su libro I del *de compendiosa doctrina* y lo designa con la transcripción latina del término griego²⁵.

Los artíficos en sus obras gramaticales recurren bien al sintagma *a sonis et uocibus*, bien a la transcripción del término griego *onomatopoeia*. Antes hemos advertido que abordan este método en dos capítulos diferentes de sus obras. Pues bien, según de qué capítulo se trate utilizan una u otra designación. Emplean *a sonis et uocibus* en el capítulo de *nomine* y *onomatopoeia* en el *de tropis*²⁶. Esa distinción en la designación se mantendría siglos más tarde en los gramáticos insulares.

Isidoro, que es el autor que recurre en un mayor número de ocasiones a este método, se sirvió de diferentes giros latinos para expresarla. En ellos se observa la introducción de nuevos vocablos para su designación, *canor*, *garrulitas*, *strepitus* y *stridor*. Junto a ellos emplea también *crepitus*, registrado anteriormente en una ocasión en Festo. No obstante, no se trata

de términos genéricos como lo son *sonus* o *uox*. Estos nuevos vocablos los emplea adaptando la realidad al origen de la onomatopeya. La sartén, *sartago*, recibe su nombre del crepitar del aceite que está contenido en el término *strepitus*; la sierra, *serra*, deriva del chirrido que produce al trabajar con ella y que designa *stridor*²⁷. Dichos términos suelen ir determinados por el genitivo de la palabra que designa la procedencia del ruido en cuestión. Para los términos *canor*, *garrulitas* o *crepitus* las explicaciones son semejantes.

Los giros más usuales empleados por el Sevillano son aquellos en los que se encuentran los términos genéricos: *a sono uocis*, *a sono*, *de sono uocis*, *de sono*, *de propria uoce*, *a uoce*, *de uoce*, *ex uoce*²⁸. En contadas ocasiones los términos *uox* y *sonus* van determinados por un genitivo del término que designa el ruido en cuestión o su procedencia²⁹. Con menos frecuencia recurrió a *ab strepitu*, *ab garrulitate*, *a canore*, *a crepitu*, *ab stridore* y *ex stridore*³⁰. A todos ellos hay que unir el término griego y su transcripción que empleó en una única ocasión³¹.

Los gramáticos insulares son continuadores de la tradición artígrafa y emplean los sintagmas *de sono* y *a sonis et uocibus* y el término *onomatopeia*. Los dos primeros son utilizados por aquellos autores que incluyen la mención de la onomatopeya en sus explicaciones del *nomen*. Tatuino recurre al sintagma *de sono* y el autor del *ars Ambrosiana* a *a sonis et uocibus*. *Onomatopeia* es empleado únicamente por los comentaristas del siglo IX en sus explicaciones referidas a la onomatopeya como tropo. Se repite, pues, la distribución designativa de los artígrafos de los siglos IV y V.

Este repaso del vocabulario técnico empleado por los latinos nos permite colegir el rechazo casi uniforme por el término griego o su transcripción latina. Los únicos autores que recurren a ellos son Quintiliano, Nonio Marcelo, los artígrafos, Isidoro y los comentaristas irlandeses del siglo IX.

Los pasajes en los que Quintiliano, los artígrafos y los gramáticos irlandeses lo emplean tienen en común el ser explicaciones de carácter trópico de la onomatopeya. Pero, mientras que Quintiliano emplea tanto el

término griego como su transcripción latina, los artígrafos optan por ésta última

También Isidoro emplea la transcripción latina al hablar de la onomatopeya como tropo. Caso aparte es el ejemplo de término griego. No guarda relación alguna con los tropos. Su uso tal vez esté condicionado por el contexto, pues lo incluye en una explicación etimológica a partir del griego³².

El único testimonio de uso del término griego al que no podemos dar explicación es el de Nonio Marcelo.

Si bien el término técnico que sirve para designar este método no falta nunca, no ocurre lo mismo con los verbos que sirven para indicarnos que estamos ante una explicación etimológica. En aquellos casos en los que se recurre a su uso los verbos empleados son *adfinere*: Isidoro; *appellare* Varrón, Festo; *cognominare*: Isidoro; *componere*: Servio, Isidoro; *configurare*: Diomedes; *declinare*: Varrón; *dicere*: Varrón, Festo, Agustín, Servio, Isidoro; *exprimere*: Sacerdote; *facere*: Donato; Dositeo; Pompeyo; Isidoro; *finere*: Carisio, Diomedes; *nominare*: Isidoro; *nuncupare*: Isidoro; *uocare*: Festo; Isidoro; *nomen habere*: Isidoro; *nomen sumere*: Isidoro.

Se observa ya en esta relación de verbos que *dicere* es el verbo utilizado por un mayor número de autores. Pero, si atendemos al número de veces que se emplea dicho verbo, éste resulta ser también el más utilizado por determinados autores. Varrón, Festo e Isidoro, en los que registramos el mayor número de ejemplos de etimologías onomatopéyicas, no recurren en todos y cada uno de los casos a un verbo para introducir la explicación etimológica. Varrón, por ejemplo, tan sólo los utiliza en diez de las treinta y cuatro ejemplos registrados. En concreto se sirve siete veces de *dicere*, dos de *appellare* y una de *declinare*. Festo, con doce etimologías de este tipo, emplea tan sólo en ocho de ellas algún verbo: cuatro veces *dicere*, tres *appellare* y una *uocare*. Isidoro, en el que hemos contabilizado veintinueve ejemplos, recurre en veinte casos a algún verbo: utiliza seis veces *uocare*,

cinco *dicere*, dos *componere* y una *adfin gere, cognominare, facere, nuncupare, uocare, nomen habere y nomen sumere*. La frecuencia de empleo de *dicere* en relación a los demás verbos y su uso mayoritario en muchos autores será una constante en los restantes métodos etimológicos.

6 - Ausencia del término inductor

En la mayoría de los casos en los que se recurre a este tipo de explicación no se llega a especificar el término concreto ‘A’ del que deriva ‘B’, sólo la existencia de la relación onomatopéyica establecida entre ambas palabras.

Los ejemplos en los que sí se especifica son muy escasos. Tan sólo los hemos encontrado en Varrón y en los comentaristas irlandeses Muretach y Sedulio³³.

7 - El uso de las *quaternae causae* y de los *nomina ficta*

En las explicaciones etimológicas de carácter onomatopéyico no es frecuente que se recurra al uso de la *quaternae causae* ni tampoco de los *nomina ficta*. Los ejemplos de uno y otro uso son escasos. Tan sólo contamos con un ejemplo de Nonio y otro de Isidoro para los *nomina ficta* y uno de Varrón para las *quaternae causae*³⁴.

8 - Tipos de palabras que reciben una explicación etimológica de carácter onomatopéyico

Los ejemplos de este tipo de explicación aparecen mayoritariamente en autores de obras gramaticales, como Varrón, Festo, Sacerdote, Nonio Marcelo, Macrobio, Diomedes, Carisio, Donato, Pompeyo, Servio, Agroecio, Muretach, Sedulio, o en autores interesados por ella, como Gelio e Isidoro. Rara vez se encuentra su uso en poetas y rétores y nunca en los juristas.

Los términos explicados por onomatopeya están referidos bien a animales, bien a objetos, bien al hombre. En caso de que se trate de animales estos suelen ser sustantivos de nombres de aves³⁵ y de nombres de las voces de cada animal en particular³⁶. Los verbos correspondientes a esos sustantivos son más escasos³⁷. André (1966: 146) señala que el elevado número de nombres de pájaros producto de la onomatopeya no se repite en ningún otro dominio léxico.

Dentro del grupo de términos que designan objetos el bloque más nutrido lo forman los instrumentos musicales y los ruidos, aunque también hay nombres de comidas, de herramientas o de utensilios de cocina³⁸. Casi todos los casos son sustantivos. Son raras las etimologías de verbos³⁹.

En cuanto a los términos relacionados con el hombre, estos corresponden en su inmensa mayoría a verbos de lengua o verbos que designan acciones hechas con la boca⁴⁰. En este grupo los sustantivos, al contrario de lo que pasa en los grupos anteriores, son más escasos que los verbos. Designan ruidos hechos bien con la boca, bien con las manos⁴¹. Dentro de los sustantivos, los nombres propios son casi inexistentes. Tan sólo contamos con el ejemplo de Servio quien explicó con ayuda de este método el nombre de la isla *Aeaea*⁴².

También son escasos los ejemplos de adjetivos. Aquellos que hemos registrado corresponden en su mayoría a cualidades relacionadas con el hombre y a su capacidad de hablar, gritar o quejarse⁴³.

9 - Conclusiones en torno a la onomatopeya

El examen realizado de la onomatopeya como método etimológico nos permite concluir que:

- 1º - es un método escasamente utilizado por los diferentes autores que recurren a él;
- 2º - este tipo de explicación aparece mayoritariamente en autores de obras gramaticales o en autores interesados por ella. Rara vez se encuentran ejemplos de su uso en poetas y rétores y nunca en los juristas;

- 3º - las etimologías onomatopéyicas no suelen aparecer solas sino formando parte de pequeños catálogos etimológicos;
- 4º - existe un rechazo generalizado al uso del término griego o de su transcripción latina para su designación a excepción de los artífgrafos y Quintiliano;
- 5º - no hay uniformidad en el vocabulario latino empleado en su designación, si bien en los diferentes sintagmas que se emplean suelen estar presentes los términos *sonus* y *uox*. Conviene resaltar, no obstante, la distribución terminológica que se opera en las artes gramaticales y en las gramáticas irlandesas;
- 6º - las palabras explicadas mediante una onomatopeya pertenecen a campos semánticos específicos, siendo las referidas a los animales, en especial los pájaros y las aves, y a sus voces las más abundantes;
- 7º - los términos que se explican mediante onomatopeya son mayoritariamente nombres sustantivos. Los verbos suelen corresponder a acciones realizadas por el hombre con su boca;
- 8º - en estas explicaciones etimológicas no se llega a especificar el término concreto que induce la etimología, tan sólo se indica la existencia de la relación onomatopéyica. No se puede por tanto hablar de la preferencia por un esquema etimológico concreto;
- 9º - el uso de las *quaternae causae* o de los *nomina ficta* en este tipo de etimologías es casi nulo.